

AGENDA CIUDADANA

LA DOCTRINA MONROE O UNA LUCHA INTERMINABLE

Lorenzo Meyer

Espíritus.- Hace ya 168 años que murió James Monroe, quinto presidente de los Estados Unidos, pero su espíritu imperial aún ronda por todo nuestro continente. Y es que la vocación norteamericana de dominio exclusivo del continente expresada en las llamadas “Doctrina Monroe” (DM) y la del “Destino Manifiesto” aún no puede ser enviado a descansar al panteón de la historia y sigue obligando a varios países del Hemisferio Occidental, a realizar, con éxito relativo, una serie interminable de exorcismos para librarse de su influencia. Hoy, mediante la celebración de un acuerdo de libre comercio con la Unión Europea (UE) México está escribiendo un capítulo más de su ya larga historia por no quedar atrapado en el estrecho abrazo de un vecino tan poderoso como absorbente.

Casi desde el inicio de su independencia, México descubrió que el mundo era ancho y ajeno pero, además, muy hostil. Solo, sin el respaldo de las otras naciones latinoamericanas --cada una de ellas tenía apenas fuerza para mal resolver sus propios problemas--, nuestro país debió enfrentarse con fortuna muy variada a los zarpazos de los imperialismos europeos y norteamericano. Para sobrevivir, las elites mexicanas, enfrascadas en una lucha sin cuartel contra ellas mismas, debieron de combatir el fuego con el fuego, es decir, enfrentar a unos imperialismos con otros e intentar instalar la soberanía nacional en el precario espacio que ese choque dejaba libre. Los imperialismos, por su parte, con frecuencia usaron a los grupos mexicanos en pugna -- liberales y conservadores-- para servir a sus intereses. Finalmente, a punto de concluir el siglo XIX, con un régimen relativamente estable y un gobierno fuerte --la dictadura

Porfirista--, México logró un cierto balance entre la creciente influencia norteamericana y la declinante pero aún importante, influencia europea. Sin embargo, apenas entrado el siglo XX, ese delicado equilibrio se rompió y la preponderancia norteamericana inundó el espacio que antes tuvieron los europeos en nuestro país. En esas circunstancias, y aunque la tarea no sea fácil, es obligación de cualquier gobierno mexicano, sea de izquierda, centro o incluso derecha, como es el caso actual, buscar el equilibrio de las fuerzas externas a las que está expuesto, en función de aumentar el espacio de nuestra independencia relativa.

En este fin de siglo, ningún país en lo individual puede hacer contrapeso a los Estados Unidos, la única superpotencia militar. Sin embargo, un conjunto de países, actuando de manera concertada, tiene buenas posibilidades en el terreno de lo no militar. El acuerdo comercial que tras cuatro años de negociación está a punto de concluir México con la Unión Europea (UE), no es, desde luego, puro beneficio, pero a pesar de sus costos sociales, puede ser un factor para ayudar al país a disminuir en algo ese desequilibrio estructural con el que ha vivido a lo largo del siglo XX y que se agudizó con la firma del Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN) en 1993 con Estados Unidos y Canadá.

El Espíritu de Monroe. Desde muy temprano en su historia, Estados Unidos se propuso, como proyecto de largo plazo, hacer del Hemisferio Occidental una zona de influencia exclusiva, despojando a Europa de su tradicional papel protagónico en las Américas. Y la base política —que también se pretendió moral— fue la DM.

La formulación de la DM se hizo a partir de una decisión enteramente unilateral. En efecto, sin consultar al resto de las naciones americanas, en su mensaje anual a los miembros de su Congreso, el presidente Monroe, el 2 de diciembre de 1823, declaró

que: I) Estados Unidos no interferiría en los asuntos o conflictos de los países europeos, II) Estados Unidos reconocía el *status quo* en relación las posesiones coloniales que aún mantenía Europa en el Hemisferio Occidental, III) la América que ya había alcanzado su independencia no podría volver a ser objeto de colonización, IV) cualquier intento por parte de una potencia europea por controlar u oprimir a una de las nuevas naciones independientes en América, sería considerado como un acto de hostilidad por los Estados Unidos. Los llamados “principios de Monroe” (el término “doctrina” no se acuñó hasta 1856) sufrirían cambios en su interpretación --en 1904, por ejemplo, el “corolario Roosevelt” afirmó el derecho de Washington a intervenir en cualquier país latinoamericano cuya ingobernabilidad o incumplimiento de sus obligaciones pudiera dar pie a que poderes extracontinentales intervinieran— pero no el espíritu que los inspiró.

El pacto implícito Estados Unidos-Europa en el pronunciamiento original de Monroe era que los norteamericanos no se metería en los asuntos europeos – aunque lo hubiera querido, en ese momento no lo hubieran podido hacer— a cambio de que Europa no se metiera en los de las naciones americanas, donde Estados Unidos esperaba ser la fuerza dominante. Ese ofrecimiento se rompió definitivamente al iniciarse el siglo XX, cuando los norteamericanos, en la última fase de la I Guerra Mundial, inclinaron la balanza a favor de Inglaterra y Francia y contra los Imperios centrales y a partir de entonces se transformaron de potencia regional en mundial. Sin embargo, el cambio de circunstancias no eliminó sino reafirmó la vocación norteamericana de dominio integral en América Latina. Los países de la región fueron y siguen siendo considerados por los Estados Unidos como parte de su zona de influencia exclusiva, su coto reservado, y eso explica, entre otras cosas, la persistencia

de la hostilidad de Washington hacia una Cuba socialista pero no hacia China, que también lo es; en el Caribe. el problema de fondo no es ideológico ni menos moral – Estados Unidos convivió a gusto y por muchos años con docenas de dictaduras— sino algo más primario y más profundo: el instinto de dominio continental de la clase política norteamericana, desde la época de los llamados “padres fundadores” –Monroe fue uno de ellos— hasta la actualidad y que la dictadura cubana desafía.

Ante esa voluntad de dominio con relación a nuestro continente que históricamente a caracterizado al gobierno norteamericano, México está obligado a contraponer una búsqueda de acuerdos con otras potencias y establecer conexiones institucionales y de largo plazo,. Y hoy por hoy la UE es el conjunto de países más adecuado para este propósito.

La Pérfida Europa.- En el siglo XIX, las amenazas más serias para México provinieron, inicialmente de Europa. Se originaron primero en la España que se negó a reconocer la independencia, intentó la reconquista, impidió que el Vaticano –una potencia *sui generis*, pero europea al fin y al cabo— reconociera a la nueva nación y le auxiliara a establecer su legitimidad inicial e intervino en los asuntos internos (las conspiraciones monárquicas) hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX. Las amenazas también tuvieron su origen en Francia, que en 1838 buscó, a cañonazos, dar a México una lección sobre la conveniencia de proteger los bienes de los súbditos franceses y más tarde, entre 1862 y 1867, aprovechó las necesidades del partido conservador y la suspensión temporal de la DM (Estados Unidos estaba concentrado en su gran guerra civil y no podía entrar en conflicto con Francia) para intentar hacer de México un Estado monárquico y dependiente.

Inglaterra, la mayor potencia del siglo pasado, fue la que tuvo las mayores inversiones en México, la que menos amenazó al país pero más lo explotó por la vía del libre comercio. En el año clave de 1862, buques y “*royal marines*” ingleses también se hicieron presentes en Veracruz, al lado de franceses y españoles, para exigir el cumplimiento de una deuda que en su origen se había contratado en términos leoninos y que la bancarrota del país hacía imposible de pagar.

Tras la victoria de los liberales en 1867 sobre conservadores y franceses, y con un México cada vez más estable, los europeos aceptaron jugar el papel que Porfirio Díaz les asignó en su gran proyecto nacional: el de inversores alternativos a los norteamericanos en ferrocarriles, minas y fundiciones, bancos, energía eléctrica, obras públicas, textiles, petróleo, cemento, cerveza, agricultura comercial, comercios al mayoreo y menudeo y otras actividades menores. Díaz dispensó un trato muy favorable a los capitales del viejo continente para que le auxiliaran a la gran tarea de crear diques frente a la creciente presencia económica, política y cultural de los norteamericanos. En lo que pudo y de manera por demás discreta, Díaz auxilió a España en su intento fallido por conservar Cuba y evitar o retrasar lo que finalmente pasó: que la isla cayera en manos norteamericanas

La Ausente Europa.- Tras la cerrada, oportunista y vergonzosa e indigna defensa de los europeos del golpista Victoriano Huerta y la destrucción de su gobierno por las fuerzas y las presiones de constitucionalistas y norteamericanos, estalló la Gran Guerra Mundial. Ese conflicto desgastó mucho a los europeos, fortaleció a los norteamericanos y se reflejó de inmediato en México. A la expropiación petrolera de 1938 le siguió ese nuevo intento de suicidio europeo que fue la II Guerra Mundial; al concluir el nuevo gran conflicto, Europa no tenía fuerza para impedir su liquidación

como inversor importante en México y en otras regiones. Los intereses alemanes e italianos casi desaparecieron y la empobrecida España de Franco no fue bienvenida. El comercio y la inversión extranjera en México se hizo casi exclusivamente norteamericana. En la división de tareas a que dio origen en Occidente la Guerra Fría y la lucha contra el comunismo, los aliados europeos de Estados Unidos (la OTAN) dejó el campo latinoamericano por entero a Washington, que lo manejó con acuerdos bilaterales de tipo militar y políticamente a través de la OEA. Sólo la Revolución Cubana de 1959, apoyada más tarde por la Unión Soviética, desafió con éxito y por un tiempo a la DM. En los años ochenta, los sandinistas de Nicaragua intentarían seguir ese camino, pero el colapso de la URSS, justo al final de ese decenio, puso un abrupto punto final al intento. Al concluir el siglo XX, la única y no muy segura alternativa para evitar el completo dominio norteamericano sobre la región, está en forjar nuevas ligas con Europa, pues Japón simplemente no quiere ir más allá de una cierta cooperación dentro de las flexibles y no muy fuertes estructuras de la Cuenca del Pacífico.

La Necesaria Europa.- Los mexicanos necesitamos a la “pérfida Europa” para abrirnos espacio frente a Estados Unidos. Tenemos siglos de conocer a los europeos y ya sabemos bastante de sus virtudes, defectos y estilos. El tratado de libre comercio que se acaba de negociar con la UE y que aún debe de ser revisado, tiene oposición por razones políticas en Europa y económicas en México, pero, en principio, puede llegar a ser un instrumento útil en la tarea histórica de recrear un cierto equilibrio entre el viejo y el nuevo mundo que se perdió en 1913.

Fue con Inglaterra y en 1825 que México firmó su primer tratado comercial. Se trató de un marco jurídico que daba trato igual a quienes, en la realidad, eran profundamente desiguales y México salió perdiendo. Pero fue el precio que los

británicos exigieron para darle apoyo político al país que nacía. Hoy, 174 años más tarde, un tratado de libre comercio con Europa sigue siendo un acuerdo entre desiguales, pero los efectos negativos sobre los productores más débiles de México de ese comercio con países más desarrollados, ya tuvieron su peor impacto cuando entró en vigor el TLCAM hace cinco años.

La política exterior mexicana se ha quedado sin rumbo al venirse abajo lo poco que restaba del nacionalismo revolucionario. En las condiciones creadas por el fin de la Guerra Fría y la globalización, la independencia y la soberanía de un país como México, son concepto muy relativos. Pero en cualquier caso, la defensa de lo que queda de ellos pasa por impedir que la relación con Estados Unidos se convierta en nuestra única relación sustantiva con el exterior.